

Carisma congregacional y evangelización

*José María Pérez Navarro**

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Se cuenta la anécdota de que en una ocasión el Superior General de los salesianos, de visita a uno de los colegios de la Congregación, entró en una de las clases de los niños más pequeños y preguntó en alta voz: «A ver, niños, ¿quién me puede decir quién fue el que creó el mundo?». Uno de los niños levantó la mano y dijo sin dudar: «San Juan Bosco».

Esta anécdota tan simpática nos introduce en lo que va a ser mi exposición: carisma congregacional y evangelización. Se «acusa» a ciertas congregaciones religiosas y movimientos eclesiales recientes de hablar excesivamente de sus fundadores, de sus instituciones, de sus carismas, de sus espiritualidades, olvidándose que lo más importante a la hora de la transmisión de la fe es hablar de Jesús y su Evangelio. Se «acusa» a ciertas congregaciones de hablar más de escuela salesiana, escolapia, dominica, lasaliana... que de escuela cristiana; se «acusa» a ciertos movimientos eclesiales de «invadir» ciertos ámbitos como, por ejemplo, las parroquias para instalar una cierta espiritualidad y metodología pastoral que excluye sistemáticamente a cualquier persona que no esté de acuerdo con estos planteamientos.

No hay que cerrar los ojos y ver que, en efecto, algunas de estas situaciones se han podido dar y que quizá se seguirán dando. Nos viene a la mente ese

* Profesor de Catequética en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas «San Pío X», Madrid.

«pecado» de las primeras comunidades cristianas cuando san Pablo en la Carta a los Corintios denuncia:

«Cuando dice uno: “Yo soy de Pablo”, y otro: “Yo soy de Apolo”, ¿no procedéis al modo humano? ¿Qué es, pues, Apolo? ¿Qué es Pablo?... ¡Servidores, por medio de los cuales habéis creído!, y cada uno según lo que el Señor le dio. Yo planté, Apolo regó; mas fue Dios quien dio el crecimiento» (1Cor 3).

Conociéndole como creo conocerle a través de su vida y su pensamiento pienso que san Juan Bautista de La Salle no estaría de acuerdo que llamáramos, a sus escuelas, escuelas lasalianas; él designó a sus escuelas como escuelas cristianas, lo mismo que todos los fundadores que a lo largo de veinte siglos crearon diversas obras en el campo del apostolado. ¿Por qué hablar de carismas? ¿Por qué hablar de fundadores de congregaciones? ¿Por qué hablar de espiritualidades?

Como todos sabemos, la vida cristiana tiene unos núcleos constitutivos: el seguimiento, la oración, la comunidad, el servicio..., pero a lo largo de la historia estos núcleos, que están presentes en las «familias evangélicas», no están presentes del mismo modo. Los fundadores han recibido del espíritu un carisma particular que transmiten a sus discípulos. El carisma supone un modo determinado de ser, con una misión específica, una espiritualidad y un estilo de vida fraterno. El carisma es un don para el servicio de la Iglesia y del mundo.

Los diferentes carismas y espiritualidades son un motivo de enriquecimiento para la propia Iglesia y conviene ser aprovechados para conseguir el único objetivo que es el de evangelizar. Como dice Juan Pablo II en *Christifideles laici*:

«Sean extraordinarios, sean simples y sencillos, los carismas son siempre gracias del Espíritu Santo que tienen, directa o indirectamente, una utilidad eclesial, ya que están ordenados a la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres y a las necesidades del mundo» (*Christifideles laici* 24,2).

Con esta aclaración previa, esta comunicación es una experiencia de los Hermanos de las Escuelas Cristianas que desde hace 20 años han intentado transmitir con más intensidad el carisma propio a todas aquellas personas de nuestro entorno más inmediato de cara a que sus obras sigan manteniendo el impulso original y de cara también a evangelizar a todas aquellas personas que se relacionan con nosotros.

UN POCO DE HISTORIA

Todo comienza hace 40 o 50 años. La primera gran crisis del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas comienza a aparecer cuando hay insuficiente número de Hermanos para cubrir ciertas responsabilidades en las obras educativas, debido, en gran parte, a que las obras se van haciendo cada vez más grandes y complejas y no se alcanza a cubrir las plazas requeridas. La solución consiste, aunque fuese a regañadientes, en la contratación del personal seglar necesario para poder alcanzar todas las exigencias de las obras escolares.

El personal seglar entra en las obras educativas en condiciones de subalterno, para realizar tareas pedagógicas bien precisas sin preguntarle su formación teológica, pastoral, su compromiso evangelizador, y su grado de identificación con el proyecto global lasaliano evangelizador. Ya se le suponía adherido al ideario y evangelizado porque estábamos en una sociedad nacional-católica. La segunda crisis que se produce es grave: los centros escolares comienzan a perder su identidad pues los Hermanos, únicos que «poseen» el carisma lasaliano, son cada vez menos y decrece su influencia en la orientación del proyecto educativo. Estamos hablando de las décadas de los 60 y los 70.

En torno a estas fechas tiene lugar el Concilio Vaticano II, donde se dice que la Iglesia es comunión. Para esta Iglesia «la misión atañe a todos los cristianos» (RM 2) y debe realizarse en la comunión de unos con otros, pero también en la cooperación con todos los hombres de buena voluntad (cf. GS 43; VC 81).

La constitución interna de la Iglesia se representa a partir de este binomio: «comunidad-ministerios y carismas», donde se señala que la unidad es anterior y da fundamento a la distinción; se subraya la condición cristiana común y al mismo tiempo la iniciativa libre y variada del Espíritu, que suscita en la Iglesia la riqueza de ministerios y carismas para la utilidad común; se reconocen y valoran las diferencias, pero de forma complementaria y subordinadas a la unidad.

En este nuevo «marco eclesial» los religiosos ¿los Hermanos? ¿ya no están separados de los demás cristianos ¿y menos sobre ellos?, sino junto y en función de los demás cristianos; y además, en colaboración con otros educadores. No tienen tareas exclusivas; lo propio suyo es ser signo que invite a avanzar en la referencia a Dios y su Reino, en la comunión y en las notas más comprometidas de la misión.

Aunque estas ideas del Vaticano II estaban claras, tanto a mi instituto religioso como a otros institutos religiosos y algunas estructuras eclesiales les costó, y les sigue costando, el introducir con más determinación a los seglares en el carisma y en la misión eclesial e institucional. Hay que reconocer que empezamos a tomárnoslo más en serio a partir de 1980, cuando la disminución del personal religioso fue abundante y las obras se hicieron todavía más grandes y complejas.

A partir del año 1984 se comienza a hablar en el Instituto de La Salle, a nivel oficial, de escuela cristiana lasaliana y no de la escuela de los Hermanos; y en la *Regla* de 1987 se incorpora un epígrafe, que en los últimos años ha hecho fortuna: misión compartida. En este apartado se anima a los Hermanos a que asocien «con gusto a los seglares a su misión educativa» y ofrezcan «a quienes lo desean, medios para conocer al Fundador y vivir según su espíritu» (n.º 17). La *Regla* recuerda a la comunidad de Hermanos que «su acción pastoral se realiza dentro de una comunidad educativa, en la que se comparten las tareas y responsabilidades» (n.º 17a).

En los dos Capítulos Generales que siguieron a esa fecha (1993 y 2000), la misión compartida ha sido uno de los temas centrales, además de facilitar la participación en ellos de un nutrido grupo de seglares. El Capítulo General de 1993 urgía a todo el Instituto a hacer de la misión compartida una prioridad en los años siguientes, y, para ello, a dar una gran importancia a la formación lasaliana de los educadores seglares y a su participación en las diversas instancias de animación y coordinación de la misión, y en los retiros, Capítulos y asambleas de los Hermanos.

El Capítulo General último, el de 2000, ha ido más allá y ha puesto al Instituto de La Salle en la urgencia de la renovación, o incluso hablamos de la refundación. Dentro del proceso de la misión compartida ya no se trata sólo de promover la colaboración y la formación entre los agentes de la obra educativa; entre los colaboradores hay quienes se sienten atraídos vocacionalmente por este carisma lasaliano y desean vivirlo con todas sus consecuencias desde su propia identidad seglar: a éstos hay que invitarlos a asociarse, entre sí y con los Hermanos, desde un compromiso mutuo a favor de la misión educativa.

Estas transformaciones tan fuertes que hemos vivido en las instituciones religiosas están narradas de forma muy interesante por Darío Mollá.

Sucede hace treinta y cinco años, al final de la década de los 60, en un prestigioso colegio de religiosos de una ciudad del sureste de España. Un gran y moderno edificio, en las afueras de la ciudad, lleno de alumnos, externos e internos. Se ven, casi por todas partes, sotanas en movimiento: hay muchos religiosos, de todas las edades; es más, algunos llaman la atención por su juventud. El director del centro, el jefe de estudios, el entonces llamado «espiritual», el jefe del personal del colegio, el encargado del curso preuniversitario, su ayudante... todos son religiosos. El mayor en edad de todos ellos, el «espiritual», rebaja por poco la frontera de los cuarenta; algunos profesores religiosos sí son mayores, cincuentones o sesentones. Los que éramos de letras, con dificultad recordamos a algún profesor seglar, los de ciencias sí que tenían algunos, de Matemáticas o de

Física o Química, a los que llamábamos «don»; también los pequeñitos tenían profesores de corbata. Sí, ahora recuerdo: también los de letras teníamos un profesor seglar que no alcanzaba la consideración de «don», sólo la de «señor»: el de gimnasia y «política» (Formación del Espíritu Nacional). ¿Presencia femenina?: sólo alcanzo a recordar a las señoras que limpiaban o servían en el comedor.

Han pasado treinta y cinco años...

El contraste es espectacular, si nos acercamos a ese mismo prestigioso colegio de esa misma ciudad, ya más crecida, del sureste de España. El mismo edificio, igual de grande, pero ya no solitario en su entorno, y algo más viejo, aunque manteniendo el tipo airosamente, sigue estando lleno: se ven por todas partes niños... y también niñas. Lo que no se ve es una sola sotana. Si un visitante pregunta, y pregunta a gente enterada (porque los alumnos y alumnas no le sabrán decir...), le cuentan que hay unos poco religiosos. Sólo tres en el *staff* antes mencionado: el director, el entonces llamado «espiritual» y ahora «pastoralista», y el jefe de personal. Algún religioso más es profesor, pero la mayoría de los profesores y profesoras son seglares, incluidos el jefe de estudios y la directora de Bachillerato. Hay algunos religiosos más que viven en una zona que se llama «comunidad»; de ellos, algunos prestan cierta colaboración en el colegio, otros tienen actividades pastorales fuera, a algunos no se les ve nunca, porque son muy ancianos o están enfermos. La totalidad son mayores en edad; cuando se juntan, hay un dominio absoluto de gafas, canas y calvas. Ya no se ve a ninguno más joven de cuarenta años; sólo alguna vez, por una temporada más o menos larga, pero prácticamente de visita, se ve algún religioso más joven.¹

¹ D. Mollá, «La comunidad religiosa, signo para la relación», en *Crear lazos. Un estilo de comunidad educativa*. Col. Jornadas de Pastoral Educativa FERE, Ed. S. Pío X, Madrid 1998, pp. 259-261.

LA PALABRA «MISIÓN COMPARTIDA». UNA PALABRA CLAVE

Dice la *Regla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas*: «El fin de este Instituto es procurar educación humana y cristiana a los jóvenes, especialmente a los pobres» (*Regla* 1,3). Es la misión propia del Instituto: llevar el mensaje del Evangelio al mundo de la educación.

Esta misión no sólo la llevan los religiosos-Hermanos, sino que la mayor parte de los agentes evangelizadores son los seculares. Los datos son abrumadores. En estos momentos en la España lasaliana hay poco más de 100 centros educativos (segunda congregación educativa católica tras las Hijas de la Caridad) donde trabajan 396 Hermanos y 5.394 profesores seculares. Es decir, el 7 % frente al 93 %. No estoy de acuerdo con esa expresión que dice que el futuro de la Iglesia y del apostolado en las congregaciones religiosas y en la Iglesia serán los seculares, y no estoy de acuerdo porque ya, en estos momentos, en el presente (aunque para algunos les duela) los principales protagonistas de la misión son los seculares. ¿Y en el futuro? Pues también nos asomamos a las frías estadísticas: Hermanos de La Salle en España, por franjas de edad: 1.016 Hermanos; menores de 50 años: 189. Con estas estadísticas me vienen a la mente estas duras palabras de M. Guerra en su libro *La confesión de un creyente no crédulo*:

«Yo no rezo para que aumenten las vocaciones sacerdotales y religiosas, y eso por dos razones: la primera, porque no entiendo la oración de petición como un lloriqueo para ablandar el corazón de Dios; la segunda, porque a lo mejor el Espíritu Santo quiere aprovecharse de esta realidad de pocas vocaciones, como de un signo de los tiempos, para que todos caigamos en la cuenta de nuestras responsabilidades como miembros de la Iglesia. Me disgustaría llevarle la contraria al Espíritu Santo».²

Pero si el presente y el futuro de las escuelas cristianas lasalianas está en los seculares y la misión lasaliana es evangelizar, ¿pueden ser los seculares

² M. Guerra, *La confesión de un creyente no crédulo*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 1998, p. 32.

los evangelizadores, pueden ser transmisores de la fe? El planteamiento es muy sencillo, si los profesores de nuestros centros no están evangelizados es muy difícil que puedan transmitir el Evangelio.

Por tanto, todos los planteamientos de misión compartida pasan por una evangelización de los propios agentes. Pero, ¿cómo son nuestros profesores seculares, nuestros agentes pastorales, nuestros colaboradores en la misión? Aunque en los últimos años se ha hecho un esfuerzo considerable en la elección de nuestros educadores intentando descubrir su perfil cristiano, nuestros educadores no son ajenos al ambiente y a la sociedad en la que viven y el panorama es muy plural. Tenemos en nuestros claustros de profesores una gran variedad.

Simplificando, podríamos decir que tenemos profesores que:

- Su única preocupación es la necesidad de «hacer» o trabajar para poder vivir, para poder satisfacer las necesidades primarias. Es el «trabajador de la enseñanza». Su motivación es conseguir un salario justo para él y para su familia.
- En un «segundo nivel» nos podríamos encontrar a aquellos educadores que, además de buscar, evidentemente, su salario, se preocupan por ser buenos «profesionales de la enseñanza», reconocidos y admirados por su competencia, saber y dominio de las materias. Le interesan sobremanera los resultados académicos. Lo llamaríamos el «profesional de la enseñanza».
- Y un tercer nivel estaría constituido por el «educador vocacionado», que se siente realizado siendo educador, y que posee una actitud de servicio y de creatividad para dar respuesta adecuada a las necesidades de los destinatarios. Algunos de ellos entienden su labor educativa, su encuentro con los niños y los jóvenes en el día a día, como una tarea evangelizadora.

Según los niveles en que se sitúen los educadores que forman parte de los claustros de profesores, así funcionarán las escuelas.

- Cuando predomina la perspectiva laboral en una comunidad educativa, lo más importante es la defensa de los intereses laborales.
- Cuando predomina la perspectiva profesional, se tiende a organizarse en función de la enseñanza donde la preocupación básica es el cumplimiento de los programas y los resultados académicos sean buenos.
- Cuando en los educadores predomina la dimensión vocacional, se tiende a organizarse en función de los alumnos. Su objetivo será dar mejor respuesta a sus necesidades. Cuando en ese claustro predomina una conciencia evangelizadora, entenderán su trabajo como un ministerio evangelizador.

Si predominan los dos primeros, se habla mucho de organización y reparto de tareas realizadas por equipos de trabajo (yo lo llamo «misión repartida»), y si hablamos del tercero, podemos hablar además de organización y trabajo, de misión y comunidad («misión compartida»).

LA LARGA MARCHA DE LA COMUNIÓN A FAVOR DE LA MISIÓN

Con este tipo de profesores, ¿se puede realizar algún tipo de evangelización o transmisión de la fe?

El planteamiento de la institución ha sido muy claro: su objetivo fundamental es la educación humana y cristiana de los niños y jóvenes... pero también de los adultos. Sin evangelizadores es difícil evangelizar. Todos los adultos tienen el derecho de escuchar la Buena Noticia, y nosotros, el deber de **proponerla**: dejamos fuera, por tanto, esa idea de que la evangelización solamente se tendría que hacer con los más comprometidos,

con los que manifestaran claramente su interés por lo religioso y por lo cristiano.

Nuestro planteamiento es que los destinatarios son todas las personas que colaboran en la realización de las obras educativas lasalianas, desde quien sólo se plantea su estancia en el colegio desde sus intereses laborales, hasta aquel que se siente más comprometido en la tarea evangelizadora. Hay algo que nos une a todos: existe un ideario, una forma de entender la escuela, unos valores que transmitir y de esto no puede escapar ninguno de los que están en el entorno lasaliano

El planteamiento clave de nuestro itinerario sería el siguiente: un proceso de comunión para la misión, en cuyo interior se desarrolla el itinerario vocacional del educador.

Nos hemos dado cuenta de que si no existe una verdadera comunión entre todas las personas que están en nuestro entorno, no hay nada que hacer, sobran todos los discursos. En consecuencia, lo primero que nos hemos planteado es la necesidad de la continua creación de lazos entre las personas. Los lazos promueven, ante todo, la valoración mutua, la solidaridad y la corresponsabilidad; así dan vida a la comunidad educativa, que puede llegar a convertirse, quizá en una comunidad de fe o una comunidad cristiana dentro de la escuela.

Una vez entendido este paso previo que es la creación de lazos, podemos hablar. Y hablamos del carisma institucional como de una de las maneras posibles de vivir la fe y el compromiso cristiano desde la educación. Es hacer entrar a **todos** los educadores en un itinerario vocacional que les lleve a descubrir un sentido profundo por el trabajo educativo-pastoral. Desarrollar primeramente la dimensión vocacional y comunitaria que es común a todos, y si la fe está presente en la persona, el itinerario conduce a vivir la educación como lugar de encuentro con Dios.

LAS ESTRUCTURAS QUE PERMITEN EL PROCESO

- La principal estructura se desarrolla en cada lugar donde se produce el encuentro entre personas, desde los niveles más sencillamente humanos. De ahí la importancia que intentamos dar a todo aquello que favorece la convivencia y la relación interpersonal, desde el lugar para tomar café o la celebración de un cumpleaños y de los acontecimientos más entrañables de los miembros de la comunidad educativa ? como es el nacimiento de un hijo?, la comunicación fluida y la cercanía por parte de los directores.
- La reflexión compartida sobre el itinerario vocacional del educador. Se ha proporcionado a los centros un material en cuadernillos que, partiendo de la experiencia común de ser educadores, ayuda a descubrir el sentido y la identidad del educador y el proyecto educativo.
- Cursos a nivel nacional (llamados CELAS): promociones de 50-60 personas para formarse en la identidad lasaliana desde la convivencia interpersonal. En estos cursos se presenta el itinerario del Fundador, el proyecto educativo y la espiritualidad que le da sentido. Se desarrolla durante dos años en encuentros de día y medio cada trimestre y una semana en el mes de julio. Estamos en estos momentos con la 15.^a promoción.
- A partir de los cursos anteriores han surgido y se van extendiendo los «equipos de misión compartida» en los colegios. Personas interesadas que se reúnen periódicamente para compartir la reflexión sobre aspectos de la misión y la identidad lasaliana.
- Los grupos y comunidades de fe: son el resultado de reforzar los lazos de fe entre los educadores creyentes, y el medio que permite ahondar dichos lazos.
- Todo este proceso nos ha hecho crear la estructura más ambiciosa con la que contamos en este momento. Se llama Centro Español Lasaliano

(CEL). Se trata de un curso en régimen de internado, o casi, de tres meses de duración. Nos hemos dado cuenta de que es necesario vivir una experiencia fuerte de comunidad, y al menos, para poder vivirla en condiciones se necesita un tiempo prolongado. Religiosos y seculares viviendo juntos la experiencia de la nueva comunidad junto a una formación lasaliana en un nivel de cierta calidad.

- ¿Qué contenidos ofrecemos en estos cursos? A grandes rasgos, en torno a dos ejes:
 - Conocimiento y reflexión sobre el itinerario personal de san Juan Bautista de La Salle. Si no se realiza bien, se corre el peligro de quedarnos en una visión estática y dedicarnos a hacer arqueología, con un recuerdo nostálgico o incluso triunfalista: ¡hay que ver lo que ha sido La Salle!». Pero esto no conduce a nada que merezca la pena. Conocer la vida y el itinerario de La Salle para actualizarlo al momento presente y a mi propia vida. Ciertos acentos de la vida de La Salle permiten reflexionar e interpelar a la persona sobre su vida, su itinerario personal, su acción educativa y su compromiso evangelizador.
 - Juntos llevamos un proyecto común con una serie de acentos: la fraternidad, la opción preferencial por los más necesitados y la evangelización. La Salle vivió estos acentos en el siglo XVII. ¿Cómo poder vivirlos en la realidad social del siglo XXI?

Las estructuras de formación son importantes, pero producen frustración cuando no tienen continuidad en estructuras de participación, donde las personas asumen el protagonismo que les permite sentir como suyo el proyecto en el que colaboran. Es ya una costumbre en nuestra Institución que muchos de los seculares participen en nuestras estructuras de funcionamiento y decisión.

EVALUACIÓN DEL PROCESO HASTA EL PRESENTE

- Avance notable en todos los sentidos; hemos ganado mucho en comunión entre los diversos educadores y en formación. Pero constatamos un retraso considerable.
- Por parte de los educadores seculares de nuestros centros, hay todavía muchos que están interesados solamente por el aspecto laboral, y muchos que no pasan de ser buenos profesionales. Para unos cuantos, eso de la «misión compartida» no es más que una estratagema que utilizan los Hermanos de La Salle para paliar su problema vocacional.

En cambio, el proceso ha valido la pena porque algunos educadores seculares de nuestros centros han descubierto la misión en la que están participando, a medida que se les proporciona motivos y formación. Hay profesores seculares que han descubierto la herencia lasaliana como algo valioso para ellos mismos, algo que puede dar sentido a su vida y a su profesión. Hay profesores seculares que han descubierto su falta de formación básica en la fe y han comenzado, por su cuenta, a participar en itinerarios formativos.

- Por parte de los Hermanos se ha producido un proceso muy interesante que ha pasado del rechazo y la desconfianza a una actitud positiva hacia todo este movimiento. Por resaltar los aspectos positivos: muchos Hermanos se esfuerzan por desarrollar lazos de comunión, a nivel humano y a nivel de fe, con cuantos comparten la misión; algunas comunidades de los Hermanos se reorganizan de forma que puedan ser signo visible de comunión y referencia a Dios, y lugar de acogida para cuantos comparten la misión; la valoración positiva de las diferentes identidades para un mejor servicio para la misión.

CONCLUSIONES. PUNTOS APROVECHABLES PARA CUALQUIER FORMA DE TRANSMISIÓN DE LA FE

- La espiritualidad y los carismas de los fundadores como «puntos de enganche» para transmitir la fe.
- La importancia de la narración de vida próxima a la vida de los destinatarios como cauce importante para hablar de fe.
- La importancia de la relación y la comunión. La creación de ambientes fraternos ayuda a transmitir la fe. La importancia de la cercanía, la escucha, el aprecio, ayudan a romper muchas barreras a la hora de la transmisión.
- Las posibilidades de la celebración litúrgica vivida cercana a la realidad de los educadores.
- La utilización del testimonio y la experiencia como forma concreta de evangelización.
- La creación de comunidades como núcleo central de reflexión y participación.